

periodo de siete años (1). ¿Quereis que aquí se entiendan semanas de dias? ¿Pero cómo puede creerse que un intervalo de tiempo tan corto bastase para toda aquella serie de grandes sucesos anunciados en la profecía? La razon y la historia desechan semejante idea. Tomando al contrario las setenta semanas por semanas de años, todo es claro y todo razonable en el oráculo de Daniel, y la duracion del tiempo que señala viene á concluir precisamente hácia el año treinta y tres de la era cristiana, segun el cómputo unánime de los cronologistas, computo tan constante que algunos judíos modernos han imaginado decir para eludir sus consecuencias, que las setenta semanas de Daniel son semanas de siglos, y que por lo tanto el Mesías no debe aparecer en el mundo hasta cuarenta y nueve mil años despues de este profeta. Seria ciertamente superfluo detenernos en rebatir una suposicion tan arbitraria y tan falta de fundamento en las costumbres de los judíos, como en las de los demas pueblos.

Si los estrechos limites de este discurso nos lo permitiesen, nos seria muy fácil con el texto de Daniel en una mano y el Evangelio en la

[1] Levitic. XXV. 8.

otra seguir esta profecía en todos sus pormenores, y manifestar que todas sus partes se han cumplido perfectamente en Jesucristo, á pesar de las discusiones poco importantes que existen entre los sabios para fijar todas las épocas con una rigurosa exactitud. „¿Pero por qué discurrir mas, observa juiciosamente el ilustre obispo de Meaux (1)? Dios ha cortado la dificultad, si alguna habia, con una discusion que no admite réplica. Un suceso manifesto nos hace superiores á todas las sutilezas de los cronologistas; y la ruina total de los judios verificada tan inmediatamente despues de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, hace ver aun á los ménos perspicaces el cumplimiento de la profecía.”

Otro rasgo caracteriza todavia en los profetas la época de la venida del Mesías, y no se aplica ménos admirablemente al tiempo de Jesucristo. Apresúranse los judios á su vuelta de la cautividad á reedificar el templo de Jerusalem; pero á pesar de todos los esfuerzos de su celo, queda siempre muy inferior en magnificencia al de Salomon. Afígense por esto los ancianos de Israel; pero dos profetas enviados al

[1] *Discours sur l'Histoire univers. II. part. cap. IX.*



punto para consolarlos publican la gloria del segundo templo, y no temen preferirle al primero (1). „Aun falta un poco de tiempo, dice el „Señor; y yo pondré en movimiento el cielo y „la tierra, y el mar y todo el universo; y pondré „en movimiento las gentes todas, porque vendrá *el deseado de todas las gentes*, y henchirá „de gloria este templo.... La gloria de este „último templo será grande, será mayor que „la del primero, y en este templo daré yo la „paz.... He aquí que yo envío mi ángel, dice „el Señor (2), el cual preparará el camino delante de mí, y luego vendrá á su *templo* el dominador á quien buskais vosotros, el ángel del „Testamento, de vosotros tan deseado, vedle „ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos.”

¿Y quién otro mas que el Mesías ha podido ser designado con tan grandes caracteres de *el deseado de las naciones, el ángel del Testamento ó de la alianza, el dominador por excelencia?* ¿Qué otro ha podido ser representado como Señor del templo, donde entra como en *su propia morada?* Este es el gran título de gloria que realza la pobreza del segundo templo so-

[1] Agg. II, 7, etc.

[2] Malach. III, 1.

bre la magnificencia del primero, porque aquel será honrado por la presencia del Mesías. Por consiguiente el Mesías ha debido venir mientras que subsistia este templo, el cual se sabe cuán pronto fué arruinando despues de la muerte de Jesucristo.

Reunamos, señores, en un solo punto todos los rasgos esparcidos en las profecías que acabamos de citar, y veamos si era posible señalar mas claramente la época fija de la venida de Jesucristo. Segun el oráculo de Jacob debía permanecer el cetro en la tribu de Judá hasta la llegada del Mesías, y segun los oráculos de Malaquías y de Aggeo, este nuevo legislador ha debido aparecer en el mundo ántes de la ruina del segundo templo de Jerusalem: por último, segun el oráculo de Daniel, ha debido ser condenado á muerte cerca de cinco siglos despues del decreto dado por el rey de Persia, en que autoriza á los judíos para reedificar el templo. Todas estas épocas terminan precisamente en el tiempo en que Jesucristo apareció en el mundo, es decir, en el espacio que medió entre el reinado de Herodes, y la expedicion de Tito contra la Judea.

No se engañaron en esto los judíos de aquel tiempo, pues los monumentos de la historia, tan-



to sagrada como profana, atestiguan que todos en aquella época estaban generalmente persuadidos de la próxima venida del Mesías (1). Los sacerdotes, el pueblo, los judíos dispersos en el imperio romano, así como los que habitaban la Palestina, y los samaritanos mismos, tan opuestos por otra parte al resto de la nación sobre los puntos mas importantes, todos participaban en esto de la persuasión general.

En efecto, jamas habia sido tan viva ni impaciente la esperanza de un Mesías. Los mismos judíos modernos convienen tambien en que la época prefijada por los profetas para la venida del Mesías ha espirado hace ya mucho tiempo; y sus mas célebres doctores solo se ocupan en indagar los motivos por que Dios ha diferido tanto el cumplimiento de sus promesas, atribuyéndolo tan pronto á las infidelidades de su nación, y tan pronto á que los oráculos que anunciaban al Mesías eran puramente condicionales; es decir, que este enviado del cielo deberia, sí, bajar á la tierra; pero solo en el caso de que nada se opusiese á su venida. ¿Se pueden en verdad alegar seriamente seme-

[1] Sueton. *in Vespas.* cap. IV.—Tacit. *Hist.* lib. V, cap. XIII.—Joseph. *De Bello Judaico*, lib. V, cap. XXXI.—Luc. III, 15.—Joan. I, 19: IV, 17.

jantes razones? ¿Es posible que no vean que todos esos oráculos estan expresados en los términos mas claros, y que la interpretacion que les dan para excusar su obstinacion, arruinaria por su cimiento la autoridad de toda profecía? Por último ellos mismos conocen tan á fondo la debilidad de sus respuestas, que para cortar de una vez todas las dificultades han pronunciado hace mucho tiempo *anatema á los que calculen los tiempos del Mesías* (1), „á la manera, dice Bossuet (2), que un piloto cuyo navío ha sido extraviado por la tempestad abandonado desesperado su cálculo para dejarse llevar adonde le conduce el acaso.”

Pero acabemos de afirmar y consolar nuestra fe, comparando las principales acciones de la vida de Jesucristo con las antiguas predicciones que han caracterizado la persona y el oficio del Mesías.

No satisfechos los profetas con señalar con tanta precision la época de la venida del Mesías, entran en pormenores verdaderamente maravillosos acerca de su nacimiento, de su vi-

[1] Gem. *Tract. Sanhed.* cap. II.—Abrev. *de Cap. filei.*

[2] *Discours sur l'Histoire universelle*, II. p. chap. XXIII.



da y de su muerte, y en fin sobre la admirable revolucion que su venida debia causar en el universo. Quanto mas se aproximaba el tiempo, tanto mas claros y circunstanciados se hacian los oráculos: cada profeta estaba encargado de añadir alguna nueva pincelada al cuadro trazado ya por los profetas anteriores, y cuando Jesucristo vino al mundo ya estaba hecha su historia.

Habeis oido las profecías que anunciaban que el Mesías descenderia de Abraham, de Isaac, de Jacob y de la familia misma de David. Los judíos modernos así como los antiguos estan tan íntimamente persuadidos de esto, que le designan comunmente bajo del nombre de *hijo de David* (1). Ademas, en tiempo de Jesucristo no solamente estaban generalmente persuadidos de que el Mesías descenderia de David, sino tambien de que naceria en Bethlem, patria de este príncipe (2), conforme á la profecía de Micheas (3), y esto mismo es lo que hallamos cumplido punto por punto en la persona de Jesucristo.

¿Y qué no vió el profeta Isaias? ¿No habla

[1] Math. XXI, 19 XXII, 42, &c.

[2] Math. II, 5.

[3] Mich. V, 2.

como un evangelista mas bien que como un profeta? La predicacion de Juan Bautista (1); la mansedumbre y caridad del Mesías (2); la multitud de sus milagros (3); las ignominias y los padecimientos que debian conducirle á la gloria (4); su nueva alianza con todos los pueblos del mundo; la prodigiosa fecundidad de su Iglesia (5); la incredulidad de los judíos y su justo castigo, nada olvida en su historia anticipada del Mesías; todo en ella se pinta con rasgos tan señalados, que á no violentar manifiestamente las expresiones del profeta, no pueden aplicarse á ningun otro mas que á Jesucristo.

Leed sobre todo, señores, las predicciones que anuncian las ignominias y muerte del justo que debe venir, y que no necesitan ni comentarios ni racionios. „¿Quién ha creido ó creará en nuestro anuncio, exclama el profeta (6), y á quien ha sido revelado ese Mesías, brazo ó virtud del Señor? Porque él crecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará

[1] Isaias XL, 3

[2] Isaias XLII, 1, &c.

[3] Ibid. XXXV, 5, &c.

[4] Isaias, LIII, 5.

[5] Véanse los pasages citados

[6] Isai. LIII.



„como una raiz en tierra árida; no es de aspecto bello, ni es esplendoroso: nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atencion hácia él: *vimosle despues* despreciado y el desecho de los hombres, varon de dolores.... Pero nosotros le reputamos entónces como leproso y como hombre herido *de la mano* de Dios, y humillado, siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades: el castigo de que debia nacer nuestra paz *con Dios* descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados, Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de *la senda del Señor para seguir* su propio camino, y á él solo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros; fué ofrecido *en sacrificio* porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca *para quejarse*: conducido será á la muerte *sin resistencia suya* como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca *delante de sus verdugos*, como el corderito que está mudo delante del que le esquila.... Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para *expiacion de* las maldades de mi pueblo: le he yo herido, *dice el Señor*....

„Mas luego que el ofrezca su vida como *hostia* por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor; verá el fruto de los afanes de su alma. y quedará saciado. Este mismo justo mi siervo, *dice el Señor*, justificará á muchos con su doctrina *ó predicacion*, y cargará sobre sí los pecados de ellos; por tanto le daré como porcion *ó en herencia* suya una gran muchedumbre *de naciones*, y repartirá los despojos de los fuertes, pues quedará entregada su vida á la muerte, y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos, y ha rogado por los transgresores.”

No nos detendremos en probar que este sublime oráculo se refiere al Mesías. Ademas de estar conformes en esto (1) las mas antiguas tradiciones del pueblo judío, ¿quién otro que el Mesías pudo cargarse con los pecados del mundo, y satisfacer á Dios por los delitos de los hombres? ¿Quién sino él ha podido recibir por herencia las naciones y los principes, y merecer por sus humillaciones una gloria incomparable? ¿Y quién tampoco al ver los nuevos rasgos que

(1) Gem. Tract. Sanhed. cap. XI.



debían caracterizar al Mesías, podrá aun desconocer al fundador de la religion cristiana, al que llegó á la gloria por medio de la ignominia de un suplicio, y cuya cruz ha llegado á ser objeto de veneracion en el mundo entero?

A esta historia de la pasion y muerte de Jesucristo escrita con tanta anticipacion añadiré aun para acabar el cuadro los demas rasgos que se hallan esparcidos en los otros profetas. Entre los beneficios de que el cielo colmó á la nacion judía, cuenta Zacarías el triunfo tan modesto como glorioso, „del rey pobre, del rey pacífico, del Rey Salvador, que entra montado „sobre una asna en la ciudad de Jerusalem (1).” El mismo profeta vió al Señor vendido por treinta dineros, y empleado el precio de la traicion en la compra del campo del alfarero (2): tambien vió al pueblo infiel mirar por último con dolor al Dios que ha traspasado, y llorar su muerte como puede plañirse la de un hijo único (3). ¿Qué diré de aquel cántico divino donde David nos representa á un mismo tiempo, y con tanta energía como verdad, los dolores y la gloria del Mesías? . . . . La cruz se le apare-

[1] Zach. IX, 9.

[2] Ibid. XI, 12 y 13.

[3] Ibid. XII, 10.

ce como el trono de este nuevo Rey (1), y ve „taladrar sus manos y sus pies, todos sus huesos señalados en la piel, sus vestidos repartidos, y sorteada su túnica; su lengua empapada en hiel y vinagre, sus enemigos rugiendo al „rededor de él como un rebaño de fieras rabiosas, y ardiendo en el deseo de beber su sangre.” Pero al mismo tiempo ve las gloriosas consecuencias de sus padecimientos é ignominias, ve á todos los pueblos de la tierra *acordarse del Dios* que habian olvidado durante tantos siglos; ve á los pobres venir los primeros, y despues á los ricos y poderosos, para *convertirse al Señor*, ve á todas las naciones de la tierra *adorarle y bendecirle, y por último extender su imperio por todo el universo*. Sin duda, señores, que entre esta multitud de oráculos extraordinarios no habréis olvidado sobre todo aquellos que predicen la gran revolucion que debia hacer la venida del Mesías; sabeis que en aquella época debia fundarse una nueva alianza que no se limitaria como la primera á un solo pueblo, sino que extenderia el conocimiento y el culto del verdadero Dios entre todos los pueblos del mundo. Sabeis que este imperio

[1] Salm. XXI.



del Mesías debía ser el fruto y la recompensa de sus humillaciones. ¿Y qué mas necesitais despues de lo que ya hemos dicho para postraros ante Jesucristo, como ante el libertador prometido y esperado por tantos siglos, y que ha venido en la plenitud de los tiempos para cumplir su celestial mision? ¿No veis que los suplicios y oprobios de la cruz se han convertido para él en un fecundo manantial de gloria? ¿No fué á su voz como á la de sus enviados á la que cayeron los ídolos, y á la que el culto del verdadero Dios se ha extendido hasta los confines de la tierra? ¿No es él por último quien despues de haber sido el escarnio de su pueblo, reina hoy por su religion en todos los pueblos del mundo?

Aun mas: al mismo tiempo que los profetas anuncian el feliz suceso de la conversion de los gentiles, predicen tambien la incredulidad de la nacion judía y su justo castigo, „y despues de sesenta y dos semanas, dice el profeta Daniel (1), „se quitará la vida al Cristo, y no será mas suyo el pueblo, el cual le negará, y un pueblo „con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y „el santuario, y su fin será la devastacion; y

(1) Daniel. IX, 26.

„acabada la guerra quedará establecida allí la „desolacion.” „Los hijos de Israel, dice Oseas „(1), mucho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar....” Este profeta solamente añade: „y despues de esto volverán „los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y buscarán con *santo* temor y *respeto* al „Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos.” El deplorable estado de una nacion tan privilegiada en otro tiempo demostrará tanto mas visiblemente el dedo de Dios, segun Malaquias, cuanto que las naciones idólatras por el contrario se convertirán entónces apresuradamente, y ofrecerán á Dios en todos los puntos de la tierra una víctima pura y sin mancha. „Ni aceptaré de vuestra mano ofrenda ninguna, dice el „profeta (2), dirigiéndose en nombre del Señor „al pueblo judío, porque desde Levante á Poniente es grande mi nombre entre las naciones, „y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al „nombre mio una ofrenda pura; pues grande „es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.”

¿Qué oráculo, señores, ha tenido nunca un

[2] Oseas. III, 4 y 5.

[3] Malach. I, 10 y 11.



cumplimiento mas visible? La discusion de las predicciones particulares que hemos citado hasta aquí, aunque muy luminosas, dependen algunas veces de muchos hechos que no todos pueden seguir igualmente; pero á fin de echar el sello á la autoridad de las profecías, y hacerla palpable á todos, ha querido Dios escoger algunos hechos públicos, notorios y tan conocidos que nadie puede ignorarlos ni ponerlos en duda, hechos asombrosos de que es testigo el mundo entero; como son la conversion de los gentiles y la desolacion del pueblo judío. Estos grandes sucesos debian verificarse segun todos los antiguos profetas á la venida del Mesías; y si algo hay cierto en la historia, es que la conversion de los gentiles, y la ruina total de la nacion judía fechan precisamente desde el siglo de Jesucristo y de la predicacion de su Evangelio. Desde esta época la idolatría se ve atacada en todos los puntos del mundo, y los pueblos dormidos por tantos siglos en el olvido de su Criador, salen de tan dilatado letargo. Es destruido al mismo tiempo en Jerusalem el antiguo culto quedando sepultado bajo de las ruinas del templo; y el pueblo querido de Dios en otro tiempo, se ve visiblemente privado de las promesas hechas á sus padres, desterrado de su

pais, esclavo en todas partes, sin honor, sin libertad, sin forma de pueblo, llevando sobre sus hombros un yugo de hierro, cuyo peso hubiera acabado con él si Dios no le reservase, segun sus promesas, para servir algun dia al mismo Mesías á quien ha desconocido. ¿Y en vista de unas predicciones tan manifiestamente divinas, y tan incontestablemente cumplidas, no deberemos llorar la inexcusable ceguedad del pueblo judío, en lugar de esforzarnos á desechar la verdad que tanto brilla en todo esto, y que resplandece en todas partes? No será esta la ocasion de exclamar con Bossuet, cuyos pensamientos me estoy apropiando rato ha, y aun tomando frecuentemente sus mismas palabras: „¿Qué „has hecho, pueblo ingrato (1)? ¿cómo es que „Dios te ha olvidado despues de haberte elegido, „y qué es de sus antiguas misericordias? ¿Qué „delito, que atentado mayor aun que la idolatría te hace experimentar un castigo que nunca te habian atraído tus idolatrías? ¡Callas, y „no puedes comprender lo que ha hecho á Dios „tan inexorable! Acuérdate de aquellas palabras de tus pádres: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*; y recuerda tam-

(1) *Discours sur l'Hist. univ.*: II part., cap. XXIV.



„bien estas: *Nosotros no tenemos mas rey que al César.* No, el Mesías no será tu rey: conserva bien lo que has elegido, sé el esclavo del César y de los reyes hasta que *la plenitud de las naciones haya entrado* [en la Iglesia]: *entonces salvarse ha todo Israel* (1).”

Pero qué digo, señores: ¿no se ha extendido esta deplorable ceguera mas que al pueblo deicida? ¡Ah! ¿No participarán tambien de ella algunos de los que me escuchan? ¿No estará tambien la luz viva que arrojan nuestros divinos oráculos oscurecida en algunos por las nubes de las pasiones, ó por funestos errores? Pero ¿quién, señores, confesémoslo de buena fe, quién sino Dios ha podido dictar con un orden tan admirable y á tantos profetas diferentes, esa multitud de predicciones sucesivas que forman por último un conjunto tan maravilloso? ¿Quién ha podido, á pesar de tanta distancia establecer tal conformidad entre las predicciones y los sucesos? En una palabra, ¿quién ha podido trazar con mano segura y por entre el curso de los tiempos, la historia anticipada, y digámoslo así, el cuadro fiel de todo lo que debia suceder tantos siglos despues? Si es una

(2) Roman. IX, 25, 26.

cosa extravagante suponer que una ó dos de estas profecías se hayan cumplido por casualidad, ¿no será ir abiertamente contra la recta razon suponer de un modo absurdo y ridículo que tantas predicciones hechas en distintas épocas durante una serie tan larga de siglos, no han debido su cumplimiento mas que al acaso? „Aun cuando un solo hombre, dice Pascal (1), hubiese compuesto un libro de predicciones relativas al tiempo y al modo de la venida de Jesucristo, seria ya una prueba de una fuerza infinita el que aquella se hubiese verificado con arreglo á estas profecías; pero aun hay mas en esto. Es una serie de hombres que por espacio de cuatro mil años predicen el mismo suceso uno despues de otro constantemente y sin variacion. Es todo un pueblo el que le anuncia y subsiste durante cuatro mil años para dar en cuerpo de nacion un testimonio de la seguridad que tiene de él, y de la que no pueden disuadirle ni las amenazas ni las persecuciones, y esto es ya digno de mayor consideracion.”

Yo no ignoro, señores, que esta prueba de la religion ha sido como todas las demas impugna-

[3] *Pensées.* chap. XV, n. 2.



da por diversos mediõs; pero, no temo decirlo, la debilidad misma de las dificultades que se le oponen, le da una nueva fuerza, como vamos á demostrar, y esta es la tercera cuestion.

Para dar á estas objeciones su justo valor, bastaria, señores, notar su oposicion, ó mas bien su contradiccion manifiesta. Entre los incrédulos, unos desechan nuestras profecías, porque las tienen por oscuras y ambiguas (1); y otros porque les parecen demasiado claras, para que puedan haber sido compuestas ántes de los sucesos (2). ¡Tan singular variedad en los medios de nuestros adversarios, no es ya un testimonio bastante claro dado en apoyo de la verdad por sus propios enemigos? ¡Y no podríamos con fundamento despreciar dificultades tan evidentemente contradictorias, y dejar á los incrédulos entenderse entre ellos, mas bien que creernos obligados á refutarlas?

Pero cualquiera que sea la ventaja que podríamos sacar de esta observacion general, entremos en los pormenores de las dificultades que se nos oponen.

(1) Bayle, Collins, Tindal, Voltaire, *Dictionnaire philosophique, Traité de la tolérance.*

(2) Porfirio: *Préface de Saint, Jérôme sur Daniel*: Spinosa, Volney, &c.

La primera impugna la autenticidad misma de nuestras profecías. Las hay, dicen, de tal modo claras, que es imposible creer que hayan sido hechas ántes de los sucesos, esto es lo que se objeta en particular contra las profecías de Daniel, donde se describe de un modo tan exacto la sucesion de los imperios; y Voltaire no contento con hacer frente á los oráculos de un solo profeta, ha llevado la osadía hasta querer desquiciar en general la autenticidad de los libros sagrados del pueblo judío, indicando en varios parages que este pueblo no aprendió á escribir sino en Babilonia ó acaso en Alejandría.

Para disipar esta dificultad, bástenos, señores, observar que nosotros hemos recibido estas profecías de los mismos judíos nuestros mayores enemigos, quienes á pesar del grande interese que tendrian en hacer dudosa su autenticidad, la miran como uno de los puntos fundamentales de su creencia. ¡Y cómo se puede imaginar que á no verse forzados por la evidencia misma de los hechos, hubiesen podido los judíos reconocer jamas la autenticidad de unos libros que tan terribles armas nos dan contra ellos? Qué persona sensata no suscribirá á esta juiciosa reflexion de Pascal (1): „Este

(1) *Pensées*, cap. VIII, n. 2: cap. X n. 10 y 22.



„mismo libro que de tantos modos deshonra á  
 „los judíos, es el que ellos conservan aun á cos-  
 „ta de su vida: semejante sinceridad no tiene  
 „ejemplo en el mundo, ni está fundada en la na-  
 „turaleza.” No puede ciertamente ser efecto  
 mas que del poder divino y de una providencia  
 especial, que ha destinado visiblemente á este  
 pueblo á servir de testigo al Mesías que abor-  
 rece: la fuerza de esta prueba hizo tal impre-  
 sion en un filósofo del último siglo, que á pesar  
 de sus preocupaciones bien conocidas contra la  
 religion cristiana, se expresa en estos términos  
 (1): „Esta religion tiene una ventaja de que  
 „ninguna otra puede gloriarse, y es haber sido  
 „anunciada muchos siglos ántes de su manifes-  
 „tacion, en una religion que conserva aun estos  
 „testimonios, á pesar de haber llegado á ser su  
 „mas cruel enemiga.”

Cuanto mas profundiceis esta reflexion, seño-  
 res, mas sentiréis el convencimiento que debe  
 infundir en el entendimiento de todo hombre  
 que no esté obcecado voluntariamente por in-  
 justas preocupaciones. En efecto, ¿con qué  
 apariencia de razon se podrá en vista de seme-

[1] *Essai de philosophie morale*, por Maupertuis, cap.  
 VII.

jante testimonio poner en duda la autenticidad  
 de nuestras profecías? ¿Se dirá que han sido  
 fabricadas ó alteradas despues del origen de  
 cristianismo? Pero esta hipótesis seria visible-  
 mente absurda; pues jamas hubieran estado los  
 judíos conformes con nosotros en reconocer  
 profecías de un origen tan reciente, ni hubieran  
 podido los cristianos ejecutar semejante frau-  
 de sin noticia de aquellos, y por consecuencia  
 sin excitar por parte de ellos las mas vivas re-  
 clamaciones. ¿Se dirá acaso que nuestras pro-  
 fecías fueron fabricadas ántes de Jesucristo?  
 Esto es cabalmente lo que Porfirio pretendió  
 con respecto á las profecías de Daniel, com-  
 puestas, segun él, en tiempo de los macabeos,  
 es decir, cerca de siglo y medio ántes de la era  
 cristiana; pero aun cuando esta suposicion fue-  
 se tan plausible quanto es indefendible, ¿qué  
 ganarian en ello los enemigos de la religion?  
 ¿Seria por eso ménos cierto que la venida de  
 Jesucristo con todo el pormenor de circunstan-  
 cias que acabamos de exponer ha sido clara-  
 mente anunciada en un tiempo en que ningun-  
 a sagacidad natural podia preveerla? ¿Deja-  
 ríamos por eso de tener motivo para mirar co-  
 mo divinas las profecías que con cerca de dos  
 siglos de anterioridad á los sucesos han predi-